

PRIMERA ENCICLICA DE JUAN PABLO II: DEFENSA DE LA VIDA AMENAZADA

Hace dos meses apareció la primera encíclica de Juan Pablo II, titulada *Redemptor Hominis*. Por ser su primera encíclica había expectación a nivel mundial, y algo menor en América Latina, pues ya en México había pronunciado numerosos discursos para comprender la visión del actual Papa sobre América Latina y su Iglesia. En países como los nuestros, sobre todo El Salvador y Nicaragua, convulsionados por la represión y la ola de violencia, y por lo tanto mucho más atentos a los gravísimos problemas inmediatos, esta encíclica ha pasado más desapercibida. Quizás del Vaticano se esperaban más bien tomas de postura concretas ante la situación que declaraciones universales, más típicas de una encíclica.

Aunque esperada por algunos como el programa de gobierno del nuevo Papa, la encíclica muestra más bien algunas de sus profundas convicciones cristianas y humanas. Dos puntos nos parecen de importancia en la encíclica por lo que dejan traslucir de la comprensión de la Iglesia y de su misión en el actual pontificado. Son éstos la clara aceptación del Vaticano II y la defensa de la vida amenazada.

El primero pareciera que ni siquiera debiera ser mencionado, pues un Papa naturalmente no desautorizaría al Concilio. No deja de tener su importancia sin embargo, pues no faltan en la universal Iglesia voces de la derecha que clara o solapadamente culpan al Concilio de lo que ellos consideran males presentes. En este contexto es importante notar que el Papa ni siquiera menciona la problemática de la derecha, tipo lefevbrista, sino que de forma, a veces incluso apasionada, hace del Vaticano II el punto de no retorno para la Iglesia actual. Y tampoco usa la amenaza de la derecha conservadora como contrabalanceo de una postura excesivamente avanzada y encontrar de ese modo un cómodo centro. Este detalle, por mínimo que parezca, no deja de tener su importancia.

Positivamente el Papa reconoce en el Concilio un cambio auténticamente novedoso. Lo que la Iglesia ha ido recogiendo a lo largo de su historia se hace ahora "de un modo totalmente novedoso, jamás co-

nocido anteriormente" (p. 7). Y ese cambio y las consecuencias que ha desencadenado son reconocidos como sumamente positivos. Desde el Concilio, la Iglesia "ha sabido presentar 'ad extra', al exterior, su auténtico rostro" (p. 10). Incluso el fenómeno de autocritica dentro de la Iglesia es visto con cierta simpatía, aunque exija el Papa que se realice dentro de unos límites (pp. 10s), pues ha servido para reducir al menos el triunfalismo eclesial.

La encíclica hace abundante uso de citas conciliares y también de lo que puede llamarse el magisterio social que preparó la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* y que ésta a su vez desencadenó. No menos de 24 documentos sociales son recogidos en la nota 103, desde las alocuciones de Pío XII hasta los tres discursos que Juan Pablo II pronunció en México ante indígenas, campesinos y obreros.

Esta sincera aceptación del concilio Vaticano II no por evidente deja de tener su importancia, pues no hubiese sido inverosímil pensar que por la situación política y la tradición eclesial más bien conservadora de Polonia, el concilio fuese visto como peligroso. Como contrapartida, sin embargo, habrá que observar si la franca y constante apelación al Vaticano II significa también un respaldo decidido a la historia que éste desencadenó, que para América Latina es fundamentalmente Medellín y su puesta al día en Puebla, o si por el contrario fuese un modo de universalizar en exceso la vida eclesial de modo que perdiesen garra y vigor sus realizaciones concretas.

El segundo punto que resalta en la encíclica es lo que ya el Papa ha expresado en diversas homilías y en sus discursos en México: su honda preocupación por el hombre. No cabe duda de que, sea cual fuere el talante doctrinal del nuevo Papa, humana y cristianamente deja sentir su preocupación por el hombre y hace de esa preocupación un principio de la misión de la Iglesia. En tono apasionado, casi apocalíptico, recuerda la situación de los cuatro mil millones de hombres sobre la tierra que se acercan ya a su segundo milenio de nuestra época cristiana, y recalca que "no se trata del hombre 'abstracto' sino real, del hombre 'concreto', 'histórico'" (p. 41).

Y de este hombre concreto se hace una recia afirmación teológica. "Este hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia" (p. 43). "Este hombre es el camino de la Iglesia, camino que conduce en cierto modo al origen de todos aquellos caminos por los que debe caminar la Iglesia" (p. 44).

Siendo esto así, el Papa saca la lógica conclusión: la Iglesia de nuestro tiempo debe ser, de manera siempre nueva, consciente de la situación del hombre, de las amenazas que se le presentan y de todo lo que sea contrario a su dignidad (p. 43).

Al describir la situación de los hombres concretos la encíclica aúna la esperanza cristiana, pues Cristo es el salvador del hombre, como reza el título, con el reconocimiento de su sombrío y en muchísimos casos trágica realidad. Muchas son naturalmente las causas de ese sombrío juicio y en la encíclica son tratadas no demasiado analíticamente ni refiriéndose a casos concretos. Sin embargo la encíclica expone una cierta jerarquía de las raíces de la vida amenazada de la humanidad, dentro de la gran paradoja de que lo que convencionalmente es considerado como progreso es también el germen de destrucción del hombre.

"El hombre actual parece estar siempre amenazado por lo que produce, es decir, por el resultado del trabajo de sus manos y más aún por el trabajo de su entendimiento, de las tendencias de su voluntad. Los frutos de esa múltiple actividad del hombre se traducen muy pronto y de manera a veces imprevisible en objeto de 'alienación', es decir, son pura y simplemente arrebatados a quien los ha producido" (p. 46). Esta es la descripción fundamental del hombre: está alienado.

Al detallar la situación el Papa recuerda el fenómeno de la civilización cunsumista por un lado, mientras muchos otros "sufren el hambre a diario, y muchas personas mueren a diario por inedia y desnutrición" (p. 54); recuerda la subordinación que se hace del hombre a las cosas, de la ética a la técnica, del espíritu a la materia (p. 51); recuerda el drama grave de la existencia de grupos privilegiados y de países ricos, "cuya riqueza se convierte de modo abusivo en causa de diversos males" (pp. 55s). Y reconoce una vez más que los mecanismos que rigen la economía mundial no son eficaces para remediar las injusticias sociales (p. 55). Más bien "a través de toda la organización de la vida comunitaria, a través del sistema de producción, a través de la presión de los medios comunicación social" (p. 52) el hombre se hace objeto de múltiple manipulación. La conclusión es tajante: la situación del hombre en el mundo contemporáneo, confirmada abundantemente por los hechos, es "distante de las exigencias objetivas del orden moral, distante de las exigencias de la justicia y, más aún, del amor social" (p. 53).



Aquí está pues la amenaza fundamental a la vida de los hombres: en una irracional e injusta configuración de las sociedades, que es además estructural. Ahí se da la primera y más fundamental violación no ya de los derechos sino del derecho a ser hombre, a vivir y sobrevivir. Y junto a esto analiza también la encíclica las violaciones más flagrantes de los derechos humanos en nuestro siglo como los campos de concentración, la violencia, la tortura, el terrorismo, las múltiples discriminaciones (p. 61), la falta de libertad religiosa (pp. 64-66). Y recuerda el derecho político fundamental, tantas veces negado, de que la sociedad y el pueblo que la compone son soberanos de su propia suerte. Y esto no se realiza cuando "en vez del ejercicio del poder mediante la participación moral de la sociedad o del pueblo, asistimos a la imposición del poder por parte de un determinado grupo a todos los demás miembros de esta sociedad" (p. 63).

Estas nos parecen ser las afirmaciones fundamentales de la encíclica leída desde América Latina. Se ha dicho que propiamente el Papa no ha afirmado nada nuevo, y así es. La novedad está más bien en hacer punto central de su primera encíclica el tema del hombre y de su vida amenazada y en el tono de urgencia a remediarlo.

En principio la encíclica nos introduce en un círculo típicamente cristiano: Cristo es el camino al hombre, y el hombre es el camino a Cristo. La Iglesia debe mantener a la par ambos caminos. Debe mantener la fe en Cristo pues en él se nos ha revelado la plenitud del hombre, como hijo de Dios y como salvador. Y debe mantener la situación real del hombre actual latinoamericano. La Iglesia latinoamericana debe concretar e historizar lo que el Papa afirma hablando de la humanidad en general. Gran parte de esa concreción ya se comenzó en el Vaticano II, en Medellín y se ha proseguido en Puebla. La encíclica debiera ser un acicate para seguir en ese camino.

J. S.